

Los Rostros del NO

Sobre *Rostros*¹, de David Le Breton

‘Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.’

Jorge Luis Borges

María Emilia Zarini, Facultad de Arte, GITCE, con beca del CIN (Consejo Interuniversitario Nacional) con el proyecto La Dramaturgia del actor. Memoria técnica y creación. La otra historia. La memoria oral aplicada a un proceso de creación dramática. mariaemiliazarini@gmail.com

Resumen

De la lectura y análisis de *Rostros*, de David Le Breton, surge esta reseña que pretende desentrañar la hipótesis que vertebra el ensayo antropológico del autor, esclareciendo de este modo las principales premisas, conceptos y articulaciones interdisciplinarias que la lectura nos propone. Una mirada transversal sobre la historia del rostro.

Abstract

From the reading and analysis of “*Rostros*”, by David Le Breton, arises this review which pretends to unravel the hypothesis that structures the author's anthropological essay, thus clarifying the main premises, concepts and interdisciplinary articulations that reading propose us. A transverse look at the history of the face.

¹ Le Breton, David. *Rostros: Ensayo de antropología*. 1ºed. – Paris – Éditions Métallié, 2003.

Le Breton, David. *Rostros: Ensayo de antropología*. 1ºed. – Buenos Aires – Letra Viva, 2010.

Palabras claves

Rostro. Violencia. El Otro. Racismo.

Key Words

Face. Violence. The Other. Racism.

Rostros bien podría retitularse como *Rostros del No*, porque sin duda alguna lo que concluimos luego de abordarlo, luego de recorrer la historia del rostro como signo de la individualización e individuación que nos propone, es que si no vemos al Otro (algo más que mirarlo), si no lo percibimos, directamente no hay un 'Otro'. No hay nada o nada humano al menos, y por esta razón ya descansan sobre la historia miles de Otros que nunca llegaron a ser percibidos como tales.

El Otro tiene cara. Y aunque parezca evidente y por demás sencillo, darnos cuenta de esto (o no) es decisivo a la hora de construir el llamado orden social. Tan decisivo que en el reconocimiento del Otro me reconozco a mí mismo. Existo, existe Otro, existimos. En clave lingüística, somos signos de un mismo sistema; signos que se relacionan unos con otros, que se remiten constantemente, y en donde ninguno de ellos se vale por sí mismo. Es decir, necesitamos del Otro para existir. Acepto vivir en la diferencia (con el Otro), porque éste me hace existir, dado que soy parte de un sistema del que también es parte el Otro, y si ese Otro falta, no estoy completo. El Otro me completa, me hace presencia absoluta. El rostro es el lugar del Otro, y de acuerdo a si veo o soy visto, ese Otro puedo ser yo; por lo que en definitiva, somos a través del rostro; a través del *Otro* que es rostro.

No hay que olvidar, sin embargo, que la percepción no es positiva ni 'buena' por definición. Miro, pero lo puedo hacer 'bien' o 'mal' (parámetros que a su vez se redefinen constantemente en relación a contextos socio-culturales diversos). No hay que dar por sentado que si miro el Otro existe y en los mejores términos imaginables. Bien sabemos que hay 'miradas fulminantes', y que las hay (y las hubo) en el sentido más estrictamente literario.

En el rostro hay compromiso, hay compromiso colectivo. Por medio del rostro hacemos una promesa colectiva por la cual, como lo indica la etimología de la palabra, entablamos un vínculo que presenta una exigencia de respuesta. Es tan simple como pensar que si pongo 'cara de culo', el Otro (para el cual yo soy el Otro) entiende que estoy enojada u ofuscada por algo y por lo tanto, puede elegir preguntarme qué me pasa o si algo me molestó; o bien puede decidir ignorarme pero siendo completamente consciente de que ignora 'esa cara' (mi enojo) y no otra. De este modo, podemos

identificar en nuestra cotidianeidad las más variadas expresiones que no son más que valoraciones sobre el sujeto que descansan enteramente sobre el rostro. '*La cara vale por el hombre completo*', dice Le Breton, '*por el sentimiento de identidad que lo caracteriza*' (Rostros, p.124).

Por supuesto que este es un ejemplo por demás cotidiano y en absoluto grave. Pero es la forma más básica de entender que hemos hecho del rostro un medio de comunicación, un *lenguaje*, y de sus expresiones, una *lengua*. Esto nos conduce hacia algo que ya es sabido, que cuando hablamos elegimos decir ciertas cosas y otras no. Mi 'cara de culo' puede decir algo, pero no todo. Velamos y develamos. Y lo que queda entre una cosa y la otra, es decir, en el medio, es lo que el autor denomina el '*mediodecir*'. Sobre este concepto va a vertebrar su ensayo antropológico, partiendo de la hipótesis de que delimitando y conociendo el *mediodecir del rostro* identificamos que *una de las características de la violencia simbólica que opera en el racismo consiste en la negación del rostro en el otro*.

De la 'cara de culo' al racismo el salto es abismal e incomparable. Pero resulta interesante para reflexionar (desde los extremos) sobre la invención del rostro y sus variaciones al infinito. Lo que dice, lo que calla; lo que esconde, lo que muestra; lo que grita, lo que susurra; lo que prevé, lo imprevisible. Esta es una de las caras del rostro, valga la paradoja. La otra cara, es lo que el Otro cree que mi rostro dice; lo que el Otro cree que mi rostro muestra; lo que el Otro prevé a través de mi rostro, y así sucesivamente. Es decir, el rostro o la historia del rostro no habla sólo de aquellos rostros que fueron percibidos, sino que también, y sobre todo, habla de quienes percibieron tales rostros. '*El método dice más acerca del hombre que lo elabora que sobre los rostros que descompone en caracteres*' (Rostros, p. 90). Por lo tanto, el *mediodecir* del rostro no es 'mi' *mediodecir*; es el *mediodecir de la cultura*. El rostro debe entenderse como una construcción simbólica - en constante devenir, en constante actualización - donde cada cultura deja su marca. Y en esta construcción se conjugan las orientaciones colectivas con la manera particular en que cada sujeto las adopta.

El rostro es sin duda misterio. Es una cifra, y Le Breton resuelve el enigma, con pasión y emoción contagiosa, partiendo del rostro de Dios; asistiendo a la celebración

social del rostro que fue el retrato; mirándose al espejo; participando de la democracia del rostro con la fotografía; develando las marcas de la fisiognomía; abordando el orden simbólico; enfrentándose cara a cara con las figuraciones sociales; encontrando el rostro en Otro (el rostro *es* otro); pero también ocultando el rostro entre gestos, maquillajes, velos y anonimatos, para finalmente llegar a descifrar lo sagrado del rostro y figurar la desfiguración de las minusvalías de apariencia.

Apoyándose en la religión, la filosofía y la antropología, Le Breton nos conduce a una instancia crítica y reflexiva acerca del racismo cotidiano, que reside la mayoría de las veces, como bien dice el autor, *'en esa mirada intensa que juzga con un vistazo, pero que raramente se sostiene'* (Rostros, p.153). *Rostros* nos enseña a ver los rostros; nos enseña a perder el miedo a mirar al Otro, y en definitiva, a mirarnos. Nos enseña que la mirada es contacto, y que llamativamente (o no tanto), el rostro y el sexo están asociados al mismo tabú de contacto. *Rostros* es aprehender un lenguaje; es aprehender una lengua: las expresiones del rostro, y entender que como tal, es un ente vivo que se carga de significaciones que responden a los juicios de valor que habitan *la mirada* de una época.

Aquello que se cuela cuando cernimos 'la palabra', o mejor dicho 'la palabra de la historia del rostro' (con mayúsculas) es lo que *Rostros* de Le Breton nos dice: *lo indecible de los rostros* (Simone de Beauvoir).

María Emilia Zarini

Tandil, 14 de marzo de 2014